

Primera mención

Mis recuerdos

Rafael Hernández García¹

LA LASTRA, MI PUEBLO

Éste es mi pueblo. Enclavado en las alturas de Ávila, con el marco imponente de la Sierra de Gredos. En realidad un conjunto de alrededor de cien casas donde habitaban, no más de cuatrocientos personas por la época en que yo me asomé al mundo. Casas precarias con techos de teja española y paredes de piedra maciza, acomodadas una sobre otra, en algún caso modeladas por el picapedrero del pueblo, con pequeñas ventanas que apenas permitían pasar la luz. Supongo que su tamaño se debía a que de esa manera el frío tenía menos lugares por donde penetrar al interior de las viviendas. Los pisos interiores de la casa eran de tierra apisonada y debían regarse los días de mucho calor para evitar el levantamiento de polvo.

El portal (el living), las habitaciones, el comedor y la cocina eran todos sus ambientes. No tenían baños. Vale la pena describir un poco la cocina. El hogar a leña sobre el suelo y recostado contra una de sus paredes. La lumbre era contenida por dos “morillos”², uno a cada lado. Apoyado contra la pared lateral, “el escaño”, un banco grande de madera, con capacidad para que se sentasen tres personas, junto con un aparador para los “cacharros”³, eran los muebles más importantes del ambiente y en él transcurrían en invierno, los momentos de ocio de la familia. El hogar cumplía la doble función de calefacción y cocina, ya que sobre el fuego se colocaban las ollas para cocer

¹ La finalidad de lo narrado ha sido la de dejar a mis hijos y nietos la historia de la niñez y origen del que escribe, y por otra parte evitar que se borren de mi memoria recuerdos que siempre me han emocionado al evocarlos. Ha sido escrito con bastante anterioridad, varios años atrás y si estos “palotes” llegan a vuestros ojos es solamente porque me han impulsado otros castellanos a que lo presente a este Concurso. (N.A.)

² En las chimeneas, soportes de hierro en los que se apoyan los troncos para facilitar su combustión. (N.E.)

³ Popularmente, cualquier elemento de la vajilla de barro de una casa campesina. (N.E.)

los alimentos. Mi padre solía asar sobre las brasas pequeños filetes de carne a los que llamaba la “moraga”.

El gobierno del pueblo era ejercido por el alcalde que era ayudado por el alguacil y el secretario. El segundo era el encargado de pregonar a voz en cuello las disposiciones tomadas por el alcalde. Previamente hacía sonar una corneta, popularmente llamada “bocina”, para atraer la atención de los lugareños que se reunían en cualquier punto del pueblo para escuchar los bandos. Enrique, el hermano de mi padre, fue alguacil, no sé si por mandato del alcalde, elección popular o decisión propia.

La casa de Concejo era el lugar de reuniones de las asambleas de los pobladores y también en este lugar se llevaban a cabo las funciones de los titiriteros, que recorrían las aldeas llevando un poco de alegría y la visión de otros horizontes a las familias y sus niños.

La fe estaba a cargo de la iglesia, católica por supuesto, que contaba con un pequeño templo, dotado de una torre con campanario, en la cúspide de la cual anidaban las cigüeñas que todas las temporadas acudían a tener sus pichones en La Lastra. El cura vivía en el pueblo y era no solo el encargado de la misa que todos los domingos congregaba a la mayoría de la población sino que también actuaba como Registro Civil⁴, al llevar nota de todos los nacimientos y defunciones, así como de los bautismos y casamientos que se celebraban en la iglesia. Y ¿de quién me acuerdo ahora? De “Tío Modesto” que era el sacristán. Por detrás de la iglesia estaba y está el camposanto, cementerio donde han sido enterrados todos mis antepasados hasta mis abuelos. Por aquellos tiempos solo un campo cercado, en el que cruces de maderas señalaban las tumbas de los fallecidos.

La educación era sencilla pero severa, como diríamos ahora, con doble escolaridad, mañana y tarde. En esos tiempos funcionaban dos escuelas, uno de niños y otra de niñas, en las cuales una maestra y un maestro daban todas las clases de nivel primario a todo el alumnado de la escuela sin distinción de grados o niveles. A ella concurrían todos los que tenían una edad de entre cinco y catorce años. En algunos casos, en los que me incluyo, esa era la única actividad de los alumnos o discípulos como allí se los llamaba. En otros, quizá la mayoría, la asistencia a la escuela debía compartirse con otras actividades necesarias para la subsistencia y en más de un caso la concurrencia a las aulas se daba si las tareas de cuidar las cabras, cerdos y ovejas y vigilar los

⁴ El autor confunde el Registro Civil, una entidad de la administración pública, y el Registro Parroquial que, efectivamente, estaba en manos de los sacerdotes locales. En este último se anotaban las fechas de los principales sacramentos, a saber, bautismo, matrimonio y enterramiento. (N.A.).

sembrados lo permitían. Es admirable saber que desde muy pequeños los niños llevaban a cabo estas ocupaciones delegadas por los mayores y cumplidas con responsabilidad ejemplar. Recuerdo que, a diferencia de lo que ocurre en Buenos Aires en donde se va avanzando por grados en número de siete de acuerdo a edad o conocimientos, en el pueblo solo existían tres divisiones que allí se llamaban “secciones”.

Los edificios públicos, entiéndase, la Casa de Concejo, la Iglesia y la Escuela se hallaban construidos alrededor de la plaza, hacia donde también miraba la casa del alcalde. La plaza en sí era en aquel entonces una extensión de tierra, sin árboles ni jardines, en la cual el único adorno lo constituía una cruz de dos metros de altura tallada en piedra, que homenajeaba y recordaba a los caídos en la Guerra Civil española⁵. Al pie de ella he jugado muchas veces y yo la recordaba como un monumento de gran altura hasta que cometí el sacrilegio de mirarla nuevamente cincuenta años después y comprobé ahora su tamaño real era de las medidas que señalé.

El otro elemento, no ya decorativo sino de gran utilidad, era el “Pilar”, que como su nombre lo indica era una pila que recogía el agua que provenía del deshielo producido en las montañas y manantiales. El pilar se hallaba dividido en dos partes, en su frente, contaba con dos caños, de los cuales caía el agua sin solución de continuidad, para atender las necesidades de la población ya que, al no haber cañerías para acercarla hasta cada casa, a él recurrían las mujeres para llenar sus cántaros y transportarlos, llevándolos apoyados sobre las caderas, haciéndose de esta manera del líquido elemento, necesario para atender las necesidades de beber, aseo personal y del hogar. Sobre estos caños ubicados en la pared que dividía en dos el pilar, mejor dicho sobre el vértice mas alto de la citada pared y sobre un marco de hierro, una pequeña lámpara lo iluminaba de noche, siempre y cuando la energía eléctrica llegara al pueblo. Pílon en el cual abrevaban los animales por las mañanas al salir a los prados para ir a pastar y por las tardes cuando regresaban con sus *boyeros* para ser encerrados en los corrales y resguardarlos de los inclemencias del tiempo. Este pilón de no más de un metro de altura y dos de largo, también fue escenario de hechos luctuosos. No se sabe el cómo ni el porqué, en un día determinado apareció ahogada dentro del mismo una mujer cuyo nombre no me acuerdo pero si sé que estaba invadida por la tristeza y cierto desequilibrio.

⁵ Estos cruceros y sus placas, aún presentes en muchos pueblos españoles, en realidad sólo recogían los nombres de los fallecidos del bando franquista, ganador en la contienda. La placa conmemorativa siempre tiene como encabezamiento el nombre de José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange, seguido de los nombres de los fallecidos de la localidad. (N.E.)

Pero volviendo a la plaza que no contaba con otros ornamentos, no por eso dejaba de tener su importancia en la vida social del pueblo. En ella se celebraban las reuniones con motivo de las bodas, que duraban tres días, en los cuales el baile era el atractivo principal. Respecto a las bodas, viene a mi memoria la “alborada”, que se me representa como una despedida a la vida de soltero o soltera, que brindaba la juventud a los contrayentes. Agrego aquí una anécdota del pueblo, relatada por Antonio el marido de Marina, en nuestra visita a principios de 1998. Resulta que, al producirse su enlace, los amigos metieron en su dormitorio un caballo o una vaca, para que al adentrarse en la habitación los contrayentes tuvieran que resolver el problema para el que, sin duda, no estaban preparados. ¡Ellos iban a otra cosa!

También en dicha plaza se llevaba a cabo la fiesta anual del pueblo en la cual se veneraba a la virgen María, “La Manquita”, patrona del pueblo, llamada así debido a que, en el altar de la iglesia, su imagen ubicada en lo alto, la mostraba sin una mano. Si bien la misa en dichos festejos era importante, lo que ha quedado grabado en mi memoria eran los bailes que se celebraban en esa fecha de octubre de cada año. Venían los “cajeros”, músicos que se acompañaban con tamboriles y gaitas o flautas que tocaban para que bailaran y se divirtieran los mozos y mozas. Al compás de los mismos danzaban jóvenes y no tan jóvenes, y las jotas y pasodobles resonaban hasta bien entrada la noche. Mientras tanto los pequeños, yo entre ellos, disfrutábamos dando vueltas entre los bailarines, y comiendo las golosinas que, por unas pocas “perras gordas”⁶ que nos daban nuestros padres, comprábamos en unos puestos al aire libre que se preparaban para dichos fines.

Por supuesto dicha plaza, sin nombre, era el lugar de reunión y juegos de los chiquilines y jóvenes y también de encuentro de los mayores. Era además el punto de partida donde algún miembro de cada una de las familias llevaba sus cabras y ovejas a fin de que por las mañanas, a excepción de las de invierno, el cabrero se hiciera cargo de todo el rebaño, llamada “la cabrá”, y lo llevara a pastar en el monte, en El Carrascal o en las dehesas, regresándolo a cada uno de los dueños al caer la tarde.

MI NIÑEZ

Cuando yo nací era pleno verano en La Lastra. Contaba mi madre que había nacido antes de tiempo, que mi gestación duró ocho meses. Algún problema con sus pechos debió tener mi madre, quizás mis hermanas lo recuerden, que

⁶ Nombre popular dado a la moneda de 10 céntimos de peseta, moneda creada en 1870 y vigente hasta su sustitución por el euro. El apelativo de “perra” le viene seguramente por la figura de un león que portaba su anverso. (N.E.)

no me pudo amamantar. No sé si el problema se produjo inmediatamente de mi nacimiento o surgió posteriormente, ya que cuando yo tenía apenas trece meses nació mi hermana Ramona. Lo cierto es que, dadas las circunstancias, mis padres recurrieron a una nodriza. Tía Tomasa tenía una hija de mi edad y sin duda leche para ambos. Contaba mi madre que con lluvia o nieve, con frío o con calor, generalmente era mi padre el encargado de trasladarme hasta la casa de tía Tomasa para que yo pudiera alimentarme. Tengo un muy lindo recuerdo de esta mujer que fue como mi madrina, hacia la cual mi madre siempre me inculcó el deber de agradecimiento.

Curiosamente, en nuestro viaje a España, tuvimos noticias de una de sus hijas había sacado a escobazos a un ladrón que la quería asaltar. Creo que su nombre era Clara y la historia fue publicada por la televisión. Yo tuve oportunidad de verla en la pantalla y relacionarla cuando me lo contaron los parientes.

De esos primeros años de mi vida los recuerdos no guardan cronología. Sé que a los pocos días de nacer fui bautizado con el nombre de mi abuelo, el padre de mi padre. Menos mal que no lo hicieron con el nombre de mi abuela paterna, sino me llamaría Cástor. Menos mal que no me pusieron el nombre de mi “santo”, sino ahora yo estaría renegando, pues Cayetano no me gusta para nada. Se me escapa el nombre de mi madrina de bautismo, mi padrino fue el “tío” Ángel, que vivía en La Lastrilla, en la casa que ahora es de José Antonio, mi primo, hijo de mi tío Fidel, hermano de mi madre, y Mari.

En no sé qué fiesta tradicional era costumbre que los ahijados fuéramos a la casa de los padrinos a recibir obsequios. Estos consistían en rosquillas. Recuerdo haber andado el camino por la carretera, de La Lastra a La Lastrilla, para llegar a recibir el presente. Y en ese hermoso viaje que hice con mis hermanas a principios de 1998, lo he evocado y recordado. Ahora me viene a la memoria el nombre de mi madrina, se llamaba Manuela.

Debo mencionar que el apelativo de “don” era reservado para las personas que merecían por su status social un respeto especial, el boticario, el médico, el cura, el maestro, el alcalde. Así éstos eran llamados “don Claudio”, “don Agapito”, “don Francisco”, “don Luis” y “don Basilio”, respectivamente. Mientras que para dirigirse a otras personas mayores no dignas de ese respeto, se le antepone al nombre de pila “tío” o “tía” según el sexo, sin que mediara ningún parentesco con dicha persona. De ahí lo de “tío Ángel” al referirme a mi padrino.

Y oh, designios del destino, en ese viaje luego de cincuenta años, andando por Madrid, con mis hermanas y Susana, la hija de Teodoro, mi primo por parte de padre, ya que su madre, Primitiva, era hermana de mi padre Inocente, me presenta a una muchacha del pueblo, y tratando de que yo la pueda ubicar,

me cuenta que es la nieta de un “tío Ángel” que vivía en La Lastrilla. Era la nieta de mi padrino de bautismo.

Otro recuerdo no tan grato, pero con final feliz, fue cuando mi hermana Ramona se enfermó, perdió el conocimiento, y acuden a mi memoria, el frente de mi casa, en “La Cabezá”, donde se habían citado todos los habitantes del pueblo a la espera de noticias sobre su estado que era desesperante. La atención médica en ese pueblo entre montañas, lindando con la sierra de Gredos, prácticamente no existía. A tal punto que las máximas autoridades médicas eran, formalmente el boticario don Claudio, y mi padre, quien, con su libro de *Medicina Natural* del Dr. Vander, se las arreglaba para sacar del apuro a más de uno. El médico con título, don Agapito, residía en un pueblo vecino, Aldeanueva. Recuerdo a quien lea estas líneas que, en esa época, casi sesenta años atrás, a La Lastra no llegaban vehículos y en ella ninguno lo poseía. La única manera de llegar al médico y que este acudiera era trasladándose a caballo o en burro. Siempre y cuando se lo encontrara, pues a menudo ocurría que el médico estaba atendiendo en otro pueblo vecino. Lo cierto fue que el médico no venía a ver a mi hermana, y sí lo hizo don Claudio, quien, después de examinarla, le dijo a mi padre que hiciera lo que quisiese pero que mi hermana no tenía cura. Mi padre, que de osado y valiente lo tenía todo, recurrió a lo aprendido en el libro del Dr. Vander y no sé si con compresas de agua fría o caliente, en la cabeza o en el vientre, mi hermana despertó al día siguiente como nueva, sin rastros de ese estado moribundo. Aunque, se me ocurre ahora, no habrá sido ese el origen, que luego en su juventud, en la Argentina, hizo que aflorara en mi querida hermana esa especie de epilepsia que la acompañó, si bien controlada por la medicación, hasta su muerte.

Me acuerdo ahora, pensando en cosas desgraciadas, cuando mi madre se hirió en el pie con un hacha mientras cortaba leña para el fuego, felizmente sin consecuencias. El hacha era la herramienta imprescindible en una casa. Su mango era largo como el de una pala y sin ella era imposible cortar la leña para encender la lumbre. Este fuego era necesario tanto para calentarse en los crudos inviernos, como para cocinar todos los alimentos. No existía otra posibilidad. La luz eléctrica en esa época solo alcanzaba para alimentar unas pequeñas lámparas de escasas bujías, de una luz mortecina que, durante algunas horas de la noche, nos iluminaban. Pero gran parte del tiempo la iluminación era brindada por el candil. Una lámpara con un depósito de kerosén y una mecha, que brindaba luz, sombras y humo.

Pero sin duda el recuerdo más triste de mi niñez fue la muerte de mi abuela materna, la abuela Ramona. Tenía yo seis años y me ligaba a ella un sentimiento más profundo que el que normalmente se tiene hacía una abuela. Yo pasaba las noches con ella y mucho de mi tiempo transcurría a su lado. Mis hermanas, Ramona, Ester y Juana, habían nacido en seguidilla detrás de mí, y

supongo que de esa manera se aliviaban las tareas de mi madre. Ella enfermó gravemente y de alguna manera yo sabía que se iba a morir. Ese día mis padres me enviaron a la escuela, supongo que para ahorrarme el sufrimiento de los últimos momentos de su vida. Si bien no lo vi, evoco el corral grande donde estaba su casa, con la enorme piedra a su entrada, sobre la cual yo ejercitaba mi cuerpo, subiendo y bajando de ella. Lleno de gente velando por mi abuela y yo en la escuela esperando. Y de pronto, me recuerdo yo, en el frente, dando la lección de no sé qué, y las campanas que tañen a muerto y yo supe, entre lágrimas, que mi abuela se había muerto.

Entre los momentos gratos menciono los días de matanza, especialmente en la casa de tío Enrique. Eran días en que los parientes o vecinos se prestaban ayuda mutua para faenar dos o tres cerdos y preparar los embutidos que consistirían parte del alimento de todo un año. La ayuda de los parientes era mutua y la reciprocidad el pago por la colaboración recibida. Sin embargo, había un homenaje a dicha ayuda que consistía en brindar almuerzos y cenas en esos dos o tres días que duraba la faena y que naturalmente se ofrecían en la casa de quien hacía la matanza. Tío Enrique, el hermano de mi padre, en esa época, tenía un carácter alegre, y con él y mi primo Teodoro disfrutábamos en la sobremesa por las noches de matanza, en las cuales tocar la zambomba era primordial y un rito que se cumplía siempre. Esta era un instrumento de viento que se hacía sonar agitando un canuto inserto en un cuero estirado sobre un molde cónico.

Me queda también como recuerdo de esos días de matanza, a más de la preparación de los jamones, los lomos y los chorizos, las “chichorras” que esperábamos los niños como la mejor golosina. En un enorme caldero se hervían las mantecas del cerdo, que en el futuro cumpliría la función del aceite, y nosotros nos comíamos lo no derretido, “las chichorras”⁷. Además se hervía la sangre del cerdo, que adquiría una forma y un color parecido al hígado, de una consistencia parecida a la gelatina y que se consumía en el momento.

Como os daréis cuenta era aquella una economía de trueque y autoabastecimiento. Prácticamente en materia de alimentos nada se compraba. El pan se amasaba para una semana, recurriendo a aquellas pocas casas que tenían horno. Mi madre amasaba y cocía el pan en la casa de sus tíos, Domingo –el zapatero– y Jacinta, los padres de Pepa, Basi y Gabriel –todos en Madrid– y de otro hermano, Félix, que vive en la actualidad en un pueblo cerca de La Lastra. Luego de horneado, el pan era almacenado en la “nasa”, un recipiente

⁷ Chichorras o coscarones son los restos sólidos de las mantecas derretidas que se consumen haciendo una torta dulce al horno o bien solas. (N.E.).

de esterilla que aseguraba la conservación. Los panes eran redondos y grandes como tortas. Me acuerdo de la merienda por las tardes, consistía en una rebanada de ese pan con un poco de “chiche”, –dos o tres rodajas de chorizo colorado.

Las hortalizas, legumbres, granos y patatas se cosechaban en los huertos que casi todos los lastreños tenían para su cultivo. Lograr el fruto de la siembra no era nada fácil, la lucha por el agua, el racionamiento de la misma y los turnos para regar obligaban a una atención continua y diaria si se pretendía recoger la cosecha. Combatir la plaga que atacaba a esas plantas, especialmente a las patatas, eran unos insectos a los que llamaban escarabajos y cuyo exterminio se lograba recorriendo los plantines uno por uno y extrayéndolos a mano de entre las hojas de la planta. Yo he participado de esas recorridas desagradables pero necesarias. Lo cierto es que las patatas, los garbanzos, el trigo, las alubias, eran alimentos de base que no se compraban, se cosechaban.

La leche y la carne eran brindadas por cabras, ovejas y vacas. Lo normal era que todos tuvieran entre una y cinco de cada raza de estos animales, no para venderlos, ni faenarlos sino para proveer de lana y leche a la familia. Yo he tomado mucha leche de cabra, he comido calostros⁸ y disfrutados de los quesos que preparaba mi madre. Las gallinas proveían huevos y carne, aunque esta última solo cuando no eran útiles para el primer fin.

Mi padre era el carnicero del pueblo, con poco éxito, ya que poco era el dinero circulante, y, en consecuencia, lo que vendía generalmente lo cobraba en especies, huevos, garbanzos, alubias, lentejas y no sé que otras cosas.

Un párrafo especial merece uno de los platos que más he detestado, las berzas. Estas berzas eran una variedad de repollo, pero sólo recuerdo las pencas exteriores. Estas se hervían en un puchero de barro cocido –así se llamaba a la olla– y luego se servían en una fuente –“la cazuela”– que se colocaba en el centro de la mesa. Y cada uno, por vez, introducía su cuchara en dicha fuente para comer. Obviamente, no se usaban platos individuales. Lo cierto que estas berzas me resultaban incomibles. A cada cucharada que metía en mi boca, seguía el rito de extraer los “hilos” que se desprendían de las mismas. Digo “hilos” pues en mi recuerdo los evoco como pequeños trozos de hilo de coser.

A medida que escribo, los recuerdos se amontonan sin orden. Los seguiré volcando como surgen, ya veremos si luego puedo darles una hilación lógica.

Me acuerdo del aprendizaje del catecismo. Contaba con la ayuda de mi madre, a quien yo veía como una sabia que además me enseñaba las tablas

⁸ Primera leche de la hembra de los mamíferos que se ordeñan que, nada más hervirse, toma consistencia y un sabor muy agradable. (N.E.)

de multiplicar y operaciones aritméticas antes de haber pisado la escuela. Volviendo al catecismo, lo cierto es que la dedicación más que la inteligencia innata del que escribe, lograron que me convirtiera en un experto en el tema, y como tal fui elegido para ir al pueblo de El Barco⁹, pues no sé si venía el obispo a confirmar o qué. Lo concreto es que yo estaba eufórico y orgulloso de tal nombramiento y esperaba ansioso el momento del pequeño viaje, para mí en esa época toda una aventura.

Pero aquí viene uno de los desencantos más grandes sufridos en mi niñez. Mi padre no me permitió viajar y yo me quedé en el pueblo mientras todos mis compañeros hacían la excursión. El porqué no me dejó viajar mi padre, obedeció a las pocas garantías que le ofrecía el medio de transporte, que creo recordar era un vetusto camión.

Con el tiempo, entendí sus razones. Ocurrió que él tenía muy presente un accidente en La Argentina, con un camión lleno de amigos en viaje para un picnic. Dicho camión había chocado con un tren y murieron algunos de ellos, creo que uno se llamaba Gabriel. Seguramente él debió tener muy presente ese percance y decidió, muy a pesar suyo y mío, que yo no formara parte de la excursión.

Y, ¡oh, ironías del destino!, yo lo he vuelto a repetir con Adriana, el día que no permití que concurriera a un festival de música en la cancha de River, en Buenos Aires. También estoy seguro que mi hija no lo entendió, pero el miedo a que algo pasara en ese lugar me impulsó a negarle el permiso. Aún hoy pienso que, en iguales circunstancias, volvería a actuar de la misma manera. El miedo a que algo pasara y temer que mi conciencia me lo reprochara, y el dolor por no haber puesto el límite me hubiera perseguido toda la vida. No se me escapa que el riesgo era ínfimo, pero es que en esas circunstancias todo lo magnificamos.

Volvamos a La Lastra. Solo fueron los primeros ocho años y un poco más de mi vida, pero creo que abarcan toda mi niñez. Por lo menos siento, al recordarla, esa sensación de melancolía y candidez, que es distinta a los años que siguieron en Buenos Aires. Digo que ocho años y pico porque nací el 7 de agosto de 1940 y me alejé definitivamente alrededor de febrero de 1949, ya que previa estadía en Madrid, en casa de mis tíos Higinio y Fidel, viajamos a la Argentina donde llegamos el 6 de abril de 1949. Este tema del viaje merece otro párrafo especial.

Siempre había sabido que mi padre quería un destino distinto y mejor para sus hijos que el que podía brindar el pueblo. Recuerdo conversaciones de mi padre con el maestro, don Luis Varela, en las que le decía de mi inteligencia y

⁹ El Barco de Ávila, principal población y cabeza de partido judicial de la zona. (N.E.)

que, llegado el momento, me debería enviar a estudiar a Salamanca. También, por mentas (sic), de sus conversaciones con tío Higinio para poner un negocio juntos en Madrid, idea esta que nunca cristalizó, posiblemente porque creo recordar que mi padre decía que tío Higinio nunca se decidía.

Lo cierto que mi padre, que ya había visto mundo en La Argentina, y que, como ya dije, la osadía y valentía no le faltaban, intentó volver a Buenos Aires. Antes solo, cuando no había cumplido veinte años; ahora con esposa, cuatro hijos y una en camino. Escribió a su hermano Plácido que se había quedado en América y le pidió que lo reclamase. Ésta era una condición indispensable. Alguien debería hacerse responsable en Buenos Aires de esa familia de inmigrantes. Tío Plácido, por supuesto, aceptó y comenzaron los trámites y el papeleo que no eran pocos. La carta de llamada, los pasajes, la venta de los bienes, que Ávila, que Madrid, yo creo que todo se desarrolló en un plazo que llevó mas de un año. A esta decisión de emigrar tomada por mis padres, para la cual no fuimos consultados ni yo ni mis hermanas, se acoplaron tío Enrique, el hermano de mi padre y tía Primitiva, su mujer y también tío Pedro, el hermano de mi madre, Agustina. Este último reclamado por su tía Elisa y su marido Pedro Alegre, los padres de Alfredo, el Negro, y Elisa, los que tienen desde siempre la carnicería en la calle Solano López, antes de nombre Lacar, en Buenos Aires.

De todas maneras yo permanecí ajeno a toda esta conmoción que originó la decisión de emigrar a La Argentina. El estremecimiento por la decisión no solo repercutió en mi familia sino en todo el pueblo. Todos sabían que era irse para no volver nunca. Era ir a afincarse en un país lejano y desconocido para todos excepto para mi padre Inocente, tío Enrique y su esposa Primitiva, del cual todos hablaban maravillas, pero que no dejaba de ser una aventura, en donde todo había que hacerlo de nuevo. Amigos, costumbres, educación, dinero, oficios. Todo había que construirlo desde cero. Sin embargo, no sé si yo permanecí tan ajeno, o solo quería estarlo. Algo me tiene que haber llegado y a mí la idea de dejar el pueblo para siempre no me gustaba. Aún así, si estos pensamientos estaban en mi consciente, nunca se los hice conocer a mis padres.

Lo que para mí fue la toma definitiva de conciencia del viaje sucedió un día de carnaval, el de 1949. Sé que fue un día de carnaval porque recuerdo a tío Pedro, entonces un joven de 26 años, disfrazado con un mameluco –overol– relleno de paja en su interior, que lo hacía aparecer terriblemente panzón, de pie frente a nuestra casa en La Cabezá, quedarse como petrificado por la noticia. Mi reacción no le fue en zaga, sé y me han contado que me fui de casa a llorar en la dehesa, y hasta allí me tuvieron que ir a buscar pues no quería volver. Tal era mi desasosiego ante la idea de dejar mi pueblo, la escuela, mis amigos, mis primos, mis otros tíos, en definitiva todo mi mundo.

A partir de esta noticia los recuerdos se borran y reaparecen con una noche o una madrugada, sé que estaba oscuro. Gran ajetreo en mi casa, me veo sentado en la cocina, con los pies en una tina con agua y a Basi, la prima de mi madre, a quien volviera a ver en nuestro viaje de cincuenta años después, lavándome y preparándome para un viaje. Luego tío Celestino que me monta con él en su caballo, tapado con una manta que solo me permitía ver por debajo de ella el piso de la carretera, y el viaje al pueblo llamado Caballeros, para, en ese lugar, despedirme de él y de los otros que nos acompañaban, tomar el coche a Ávila, de ahí el tren a Madrid, y nunca más volver.

En Madrid, trámites con mis padres, unos días en casa de tía Juliana y Juan Manuel con sus hijas Rosa y Celia y mis hermanas, luego mis padres que se vuelven al pueblo, mis hermanas que se quedan en Madrid con la tía Juliana y yo que paso a la casa de tío Higinio y tío Fidel.

Tengo recuerdos borrosos de la estadía en Madrid con tío Higinio y tío Fidel, mi primera vez en un cine con los tíos, un viaje en metro, también el primero, visitas a la cantina donde trabajaba tío Higinio, y nada más.

Recuerdo sí, como un drama, cuando a mi padre, en Madrid, le robaron en un medio de transporte, toda la documentación que había reunido para viajar, no sé si también dinero. Lo cierto que tuvieron que correr para conseguir duplicados de toda la documentación sustraída. Contaba mi padre que esto le ocurrió porque acostumbraba a guardar todos los papeles que portaba en una cartera obsequiada por el Banco de España. Seguramente el ladrón creyó que en ella llevaba mucho dinero. Flor de chasco para él y gran disgusto para todos nosotros.

Luego de ese mes en Madrid, el viaje en ferrocarril a Cádiz, puerto de donde zarpaba el barco que se llamaba “Cabo de la Buena Esperanza”. De dicho viaje en tren, me viene a la memoria el ascenso de niños andaluces que subían en las distintas paradas para cantar a los pasajeros y luego pedir una recompensa que seguramente eran un “perra gorda”. No creo que nosotros pudiéramos darle un “duro”¹⁰. Y también recuerdo mi mareo en el viaje.

Pero volvamos al pueblo y antes de ese viaje. No he hablado de la escuela. Don Luis Varela, mi único, querido y admirado maestro de siempre, enseñaba en un salón a todos los discípulos. Era grato entrar por las mañanas a la escuela desfilando hasta llegar al pupitre cantando las tablas de multiplicar. Empezábamos por la del dos y seguíamos hasta la del nueve. ¡Cómo no íbamos a tener claras las tablas! Cuánta admiración causé al llegar a Buenos Aires en la escuela por este solo hecho. Multiplicar y dividir para mí fue siempre un juego y como tal no me había costado ningún esfuerzo aprenderlas.

¹⁰ Nombre que recibía la moneda de cinco pesetas. (N.E.)

Por las tardes también teníamos clases, y recuerdo especialmente la tarea. Esta consistía en una serie de cuentas de las cuatro operaciones, que llevábamos planteadas a nuestra casa, escritas en la pizarra, especie de pizarrón portátil del tamaño de un cuaderno abierto, en el cual escribíamos con un lápiz, también de pizarra, que por supuesto se llamaba “pizarrín”, las soluciones con las que volvíamos a la escuela.

Los recreos en el invierno eran algo especial. Entre la nieve que cubría todo, salíamos todos los alumnos a la intemperie, ya que la escuela no tenía patio interno. Unos hacían muñecos, otros arrastraban pequeñas bolas de nieve que se convertían en enormes esferas, que luego eran llevadas al campanario de la torre de la iglesia y arrojadas por su ventanal sin campana, desde lo alto, para que reventaran contra el suelo, justo junto al almendro que estaba al pie de la torre, y solazarnos con la explosión. Pero lo que sin duda me atraía era el deslizarse desde lo alto de La Cuesta, toda la pendiente convertida en hielo, sentado sobre los “calabones”, rama de un arbusto que brindaba una superficie para sentarse sobre ella, y a modo de tobogán, llegar resbalando hasta la base de la ladera. Luego los más grandes encendían un fuego que permitía secar nuestros pantalones mojados por el contacto con la nieve o el hielo. Debían ser unos pocos metros, pero cuánta excitación provocaba esa inocente diversión.

Mas atrás en el tiempo recuerdo cuando acompañaba a mi madre mientras lavaba la ropa junto a otras mujeres en “Los Chorros” o en “Las Cerrailas”, estos eran lugares junto a pequeños arroyos, donde aprovechando la pequeña corriente de agua, arrodilladas en el suelo, utilizando como tabla de lavar una piedra, restregaban la ropa que luego ya limpia se tendía sobre la hierba para que secase. Seguramente esto era en verano, nunca se me ocurrió preguntar cómo se arreglaban para lavar en el invierno, pero se me aparece la imagen de mi padre secando la ropa frente a la lumbre, que siempre ardía en la cocina de mi casa.

Y, hablando del invierno, mi padre era el encargado de proveer de leña al hogar, previo a la llegada de éste, antes de que la leña se mojara por la nieve. El Carrascal, bosque cercano, era el lugar de donde obtenía la leña. Muchos viajes debía hacer con su burro sobre cuyo lomo y albarda cargaba los haces de leña que preparaba. Luego el trayecto hasta el pueblo. El burro cargado y él caminando a su lado. Una y otra vez, hasta que consideraba que su provisión alcanzaría para todo el invierno. En esta estación poco de productivo se podía hacer. Los campos y todo el espacio exterior tenía una capa de varios centímetros de nieve. En consecuencia los animales no salían prácticamente del corral techado, por lo que había que alimentarlos a “pienso”. En esos crudos inviernos los hombres se reunían en las tabernas para pasar el tiempo conversando, tomando vino y jugando a las cartas. Mis tíos Pablo y Celestino tenían en sus casas esos bares atípicos. Sólo una habitación con un

par de mesas. A más de estas actividades, y mis pocos recuerdos del invierno, veo a mi padre apaleando la nieve desde la puerta de casa, haciendo un camino para que pudiésemos salir para ir a la escuela.

Me vienen a la memoria “los caramelos”. Así llamábamos a los colgantes de hielo que a la manera de estalactitas, pendían de las tejas del alero y que mi padre nos mostraba al levantarnos por la mañana. El frío en La Lastra, en el invierno, a más de mil metros de altura sobre el nivel del mar, era muy riguroso. Las orejas y la nariz coloradas eran un rasgo común en el invierno para todos los pobladores. Ni les cuento cuando el viento soplaba en el “Reventón”. Para los que no conocen el pueblo les aclaro que éste era quizá el punto más alto del lugar, desde él se observaba, mirando hacia abajo y hacia el otro lado de La Lastra, un valle serpenteado por el pequeño río Tormes, que discurría entre el pueblo de La Aliseda. Y en un último plano, con sus picos nevados, las sierras de Gredos. El intenso viento en este lugar, más el frío en el invierno, lo hacían poco menos que intransitable a menos que realmente fuera imprescindible hacerlo.

Me resulta grato pensar hoy en la sensación de que existía una buena relación en la familia, con roles aceptados sin imposiciones, tanto por mi padre como mi madre. En la casa era mi madre la encargada de todas las tareas, mi padre colaboraba, si podía. El “enjalbegado” –blanquear con cal las paredes de las habitaciones– corría por cuenta de mi madre, lo mismo sucedía con el pintado de las veras –zócalos de las mismas– lo que se hacía con una tinte de color entre el rojo y el violeta. Agrego aquí que mi madre contaba con la ayuda de una de las hijas de Mercedes, prima de mi madre, de escasísimos recursos. De dos de ellas, Juliana y Romana, más asiduamente Romana) sé que ayudaban a mi madre en la tarea de la casa y el cuidado de mí y mis tres hermanas.

Mi madre era toda bondad y ternura que contrastaba con la aparente adustez de mi padre. Se me ocurre que estas cualidades de nuestros padres marcaron nuestra personalidad para siempre. No recuerdo de pequeño haber besado a mi madre, ni tampoco que me besara. Al retirarnos a dormir, el saludo de buenas noches a mi padre era un beso en su mano. A mi madre no recuerdo cómo la saludaba. Sé que en Argentina, en mi niñez, me resultaba difícil saludarla con un beso. La relación con mis hermanas fue siempre placentera, no tengo imágenes de disgustos con ninguna de ellas. Sí recuerdo el día o la noche en que nos dejaron solos en casa. No puedo recordar si fue con Ramona o Ester, pero sí tengo muy clara la desesperación que sentimos cuando nos dimos cuenta de ello y ningún mayor había en la casa, para consolarnos o sacarnos de nuestro llanto.

Las tareas de campo eran de mi padre, no obstante, toda la familia colaboraba en la época de siega y trillado del trigo, el corte del heno y el

almacenamiento del mismo en “la almiar”. Esta última era una especie de silo al descubierto formado por un mástil de madera, tronco de algún árbol, alrededor del cual se iban amontonando las gavillas de heno, que quedaban sobre el prado después del segado a guadaña y posteriormente servía para alimentar al ganado. La recolección de patatas era otra de las tareas que contaba con la participación de toda la familia.

De la cosecha del trigo tengo también recuerdos particulares. Una vez maduras las mieses, éstas eran cortadas con la hoz, los manojos agrupados en gavillas, que quedaban a la vera del surco. Los segadores, hombres y mujeres, trabajaban permanentemente con sus cuerpos inclinados sobre los sembrados. Hoy me pregunto cómo resolvían los dolores de espalda, ¿no los tenían o se los aguantaban sin más? Esta dura tarea, en verano, a pleno sol, la realizaban los mayores mientras los niños, yo entre ellos, permanecíamos al costado del sembrado, protegidos del sol bajo la sombra de algún arbusto. Luego las gavillas eran recogidas, amontonadas y después extendidas en una superficie circular, que hoy me hacen pensar en el parecido a una calesita, por su tamaño y redondez. Se formaba así la era, espacio al descubierto donde se trillarían las mieses. Esta operación indispensable para separar el trigo de la paja, se realizaba mediante el trillo. Elemento de madera del tamaño de una mesa, sin patas, un tablero, en una de cuyas caras tenía insertadas gran cantidad de pequeñas cuchillas, llamadas “lañas”, que ahora descubrí que eran piedras muy filosas o de hierro. El trillo, con las cuchillas hacia el suelo sobre el cual se habían previamente extendido las gavillas, era arrastrado por uno o dos bueyes o vacas, que giraban eternamente sobre las mieses produciendo por fricción y corte la separación del grano de la paja.

Uno de los placeres del que escribo era acostarme sobre el trillo, mientras éste giraba una y otra vez y adormecerme en él, mientras mi padre vigilaba la operación y a mí mismo. Durante estos más de cincuenta años que transcurrieron entre lo que hoy estoy contando y la actualidad, muchas veces me he preguntado sobre el efecto somnífero y sedante que tenía sobre mí el sonido que escuchaba con uno de mis oídos apoyado sobre el tablero del trillo de la fricción continua de las cuchillas con las mieses. No sé cuándo se daba por concluida esta tarea pero supongo que era, como dice el dicho¹¹, cuando se hallaba totalmente separada la paja del trigo. No puedo precisar la razón de la tarea siguiente que consistía en pasar por una criba el trigo y zarandearlo. Supongo que era para quitarle los últimos restos de paja. Luego el cereal era embolsado y guardado. La paja era llevada al pajar, valga la redundancia, que era una especie de altillo, ubicado en la misma vivienda del labriego, en el

¹¹ En realidad el dicho es “separa la paja del grano”. (N.E.)

piso superior. Tampoco sé por qué en el piso superior, pero allí se depositaba, subiéndola con horquillas en una tarea, como todas, manual. Esta paja servía para hacer cama a los animales y rellenar colchones. También, en caso de apuro, se usaba como cama para algún visitante de confianza, e inesperado. En este pajar yo me he recostado, no por necesidad, sino para experimentar cosas que me parecían reservadas para los mayores.

Por aquel entonces no había molino en el pueblo, entonces el trigo debía ser trasladado al pueblo de La Aliseda, que sí lo tenía, pues al estar dicho pueblo a la vera del río, éste le proveía de la energía necesaria. El caballo o el burro iban cargados con los costales de trigo y regresaba con los mismos costales pero ahora convertidos en harina.

Mis padres siempre se preocuparon y pudieron darme lo que necesitaba, que no era mucho pero que alcanzaba para que nuestra familia pudiera ser de la de más “alto nivel económico-social” del pueblo. Pero he aquí que yo extrañaba cosas que me eran vedadas por mis padres. La mayoría de los muchachos del pueblo calzaban “albarcas” en lugar de zapatillas y “melchos” en lugar de medias. Tanto yo como mis hermanas usábamos zapatos o zapatillas y calcetines. Pero yo quería usar albarcas y melchos como los demás, sin duda elementos sumamente precarios que los lugareños utilizaban porque sus medios no les permitían otra cosa. En mi caso se trataba de probar lo que para todos los demás constituía una cosa de todos los días.

Debo aclarar que las albarcas eran pedazos de goma, creo que cortados de una cubierta de automóvil, del tamaño del pie, al que se le hacían ojales y se insertaban tientos¹² que hacían las veces de cordones, y éste era el calzado. Para mitigar el frío y la dureza de dicho calzado, los pies eran envueltos previamente con trapos y estos eran los melchos. (Esta palabra no figura en el diccionario, lo que me crea la duda acerca de cómo escribirla).

Pero mi padre aquí se mantuvo intransigente y nunca pude experimentar qué se sentía usando dichos elementos. Seguramente de haber permitido que los calzara, hubiera bastado una vez para que mis pies se ampollaran y desistiera definitivamente de mi deseo de tenerlas.

Una muestra del frío que se debía sentir con tan precario calzado lo daba el hecho de tener que recurrir, en el invierno, a juegos que permitieran calentar los pies. Juego que he practicado con mi prima Marina al volver a La Lastra luego de tantos años. El mismo consistía en enfrentarse dos niños, tomarse mutuamente de los hombros, y saltar entre chocando, por turno, el pie derecho de uno con el izquierdo del otro luego invirtiendo los pies, y así

¹² Correas de cuero. (N.E.)

sucesivamente hasta que la circulación volvía a ser normal en los miembros inferiores produciendo el calor que les faltaba.

La precariedad de medios que existía en esa época y en ese pueblo va quedando demostrada a través de lo contado. Pero, si algo faltaba, debo agregar que ninguna de las casas contaba con sanitarios, por lo que por las noches el “orinal” era el medio utilizado, y de día el campo abierto era el gigantesco sanitario de toda la comunidad. Tampoco existía la recolección de desperdicios, por lo que el “muladar” era el destinatario de todos ellos. El muladar era un pozo donde se arrojaba toda clase de inmundicias, que la naturaleza se encargaba de transformar y reciclar.

No sé por qué asociación, me acuerdo de la única enfermedad que sufrí en el pueblo en mi niñez. Los síntomas que recuerdo eran fiebre y debilidad. Creo haber guardado cama varios días y que mi padre hablaba de dicha enfermedad como paludismo. Si esa fue realmente la enfermedad nunca lo sabré. Si la diagnosticó el médico o mi padre con el libro del Dr. Vander, tampoco. Lo concreto es que me curé y nunca advertí ninguna secuela de dicha enfermedad. Se me ocurre que la asociación se produce porque recuerdo mi convalecencia y mis primeros pasos, luego de levantarme, en las cercanías de donde estaba ubicado el nombrado muladar.

Mis amigos de entonces, Mariano, a quien volví a ver en La Lastra, cincuenta años después. Eulogio, Paco, Cástor, Primitivo, el hijo de Mercedes la prima de mi madre, Flores, el hijo del caminero, todos nombres que evoco con nostalgia, a alguno de ellos los he vuelto a ver gracias al almuerzo en La Casa de Campo, en Madrid, al que mi primo Teodoro me invitara en oportunidad de nuestro viaje. Con ellos compartí juegos cuando niño: la escondida, el rango, el entrechocar de pies, ya contado, los recreos en la escuela, el disfrutar de esos días que, cuando uno es pequeño, parece que no se terminaran nunca. También con niñas como Pilar, Petra, mi prima Juana; formábamos todos un grupo compinche e inocente para los juegos.

Me acuerdo de Purita, una madrileña que solía venir al pueblo desde Madrid en las vacaciones de verano. Mi madre le daba alojamiento en nuestra casa, no en la de “La Cabezá”, sino en la anterior, la que estaba frente a la plaza. No sé cual era la relación de parentesco con ella. Tampoco qué será de su vida, me temo que nunca lo sabré, todos a los que les podía preguntar ya se han muerto. Pero tengo aún presente a esta niña, como diferente, no era la pueblerina, era de Madrid. Y me acuerdo haber compartido juegos, frente a la puerta de mi casa, resguardados del sol del verano por la cortina de tela, que mi madre ponía a la entrada de la casa.

¡Y la calva! Éste era un juego de mayores en donde los niños éramos curiosos espectadores y no nos dejaban participar. Consistía en colocar verticalmente sobre el suelo una madera en forma de “L”, a una distancia de

aproximadamente diez metros de los participantes. Apoyada sobre el suelo, enhiesta, debía ser derribada desde esa distancia, mediante un rollo de piedra que era arrojado por los jugadores. El rollo de piedra al que llamaban “marro”, tenía el tamaño de un pequeño pan flauta, obviamente más pesado. El juego se definía a favor de aquel que lograba derribar la calva más veces. Este sencillo juego despertaba un fervor entre los participantes y espectadores parecido al que se experimenta en un partido de fútbol. Se practicaba los domingos y días de fiesta y, alrededor de dicho entretenimiento, se juntaban unos veinte jóvenes participantes, no menos de esa cantidad de chiquilines y muchos adultos que disfrutaban mirando.

Parece mentira que toda esa juventud haya desaparecido de La Lastra. Hoy no hay un solo niño, ni un solo joven y solo lo habitan unos pocos ancianos y personas maduras, cuyo número se puede contar con los dedos de las manos.

En la actualidad, el pueblo de La Lastra, solo adquiere animación en las fiestas anuales que se celebran en el mes de agosto, antes eran en octubre. Por esta época, según me cuentan, acuden al pueblo muchos de aquellos que alguna vez lo habitaron, con sus hijos, parientes y allegados. También viene gente de pueblos y ciudades vecinas, para disfrutar durante dos o tres días de bailes, disfraces, diversión, comer y beber. Según me cuentan, más de mil personas se dan cita, arribando en automóviles, ómnibus, etc. Dispuestos a reencontrarse con sus ancestros. Las casas, que ahora han sido recreadas para utilizarlas como de veraneo, cobran en esas fechas una animación similar a la de antaño, cuando el pueblo tenía vida propia por la cantidad de moradores que la habitaban.

LA TRAVESÍA

Así solían llamar mis mayores a ese viaje por mar, desde el puerto de embarque, en nuestro caso, Cádiz, hasta Buenos Aires. Ya he dicho que era por mar y que el buque se llamaba “Cabo de la Buena Esperanza”.

Mi familia, entiéndase, papá Inocente, mamá Agustina, mis hermanas y yo, los tíos Enrique, Primitiva y Pedro nos alojamos por unos días, a la espera de que el barco zarpara, en un hotel de Cádiz, cuyo nombre escapa a mi memoria, a la espera de la fecha de partida. Quizá, por lo que seguidamente contaré, mi hermana Juana pueda recordarlo, aunque su corta edad en esa época y el tiempo transcurrido pueden haber borrado de su mente dicho nombre.

Llegado el día de embarcar, con el equipaje despachado y ya sobre la escalerilla del buque, pude darme cuenta de que algo no marchaba correctamente. El trámite de embarque se hizo sumamente lento para nosotros y la desazón de mis padres me hizo tomar interés en lo que ocurría. Mis padres alegaban ante el guardia de emigración la falta de dinero y el trastorno que les ocasionaría permanecer en Cádiz, a la espera de un nuevo barco que la

compañía Ybarra fletara a Buenos Aires. Por los comentarios entre los mayores, tomé conciencia de que dos de mis hermanas habían contraído varicela y que, en esas condiciones, era imposible, por lo menos para ellas, iniciar el viaje. Me contagié de las lágrimas de mi madre y hermanas y, ante la insistencia de la falta de dinero para afrontar la estadía en Cádiz, que se trasuntaba como un mes más, yo también lloré. Le propuse a mi madre vender mi chaqueta para ayudar con los gastos, esto lo sé porque ya en Buenos Aires me lo contó y lo contaba a otros como parte de la odisea vivida. Lo cierto que ninguno pudo conmovier a las autoridades sanitarias y ni Juanita ni Ramona podrían partir en esas condiciones de ninguna manera. Por último, mis padres tomaron la decisión de que mi hermana Ester y yo viajáramos en ese buque junto a mis tíos Enrique, Primitiva y Pedro, y ellos con las enfermas quedarían en el puerto a la espera del nuevo barco que se llamaba “Cabo de Hornos” y que zarparía en un mes. Mientras, mis hermanas se recuperarían de la varicela que sufrían. Esta decisión de separarnos, de la que he escuchado que mi madre se reprochó siempre, fue tomada seguramente en la idea de abaratar la estadía en el hotel. Es curioso que no pueda recordar el impacto que sentí al separarme de mis padres y mis hermanas enfermas, supongo que no tomé realmente conciencia de ello, que me habrán hablado del pronto reencuentro, y que, por otra parte, nos acompañaban nuestros tíos con los que nos habíamos visto y tratado todos los días de nuestra corta vida.

Luego, en Buenos Aires, al reencontrarme con mis padres y hermanas, me enteré de que la odisea no terminó allí. También mi padre enfermó de pulmonía en ese período de espera. Pobre mi madre, la lucha y el sufrimiento que hubo de llevar durante su estancia en Cádiz. Felizmente todos se recuperaron a tiempo para enfrentar el viaje por mar que consumía quince días de travesía, viendo como único horizonte continuamente el océano Atlántico. Del trayecto me ha quedado grabado, quizá hasta que me muera, el aroma especial del buque, que al olerlo en otras situaciones, ha hecho que inevitablemente recordara ese viaje, el más largo de mi vida. Con otra edad y en otra situación quizá debiera tomarse como unas regias vacaciones. Dotado de piscina, espléndidos comedores, cine, camarotes, etc., este trasatlántico era una verdadera ciudad. Tío Enrique, en el afán de distraerme, solía llevarme diariamente a caminar por el mismo, de proa a popa, y recuerdo que me señalaba a los delfines que nadaban atrás del barco, esperando recibir algo de comida. También paseábamos por la tercera clase, nosotros viajábamos en primera, donde los emigrantes viajaban apiñados, sin camarotes privados, los hombres dormían separados de las mujeres y éstas con los niños. Con el tiempo me enteré de que mis padres, Ramona y Juanita, a pesar de haber pagado por primera clase, tuvieron que viajar de esa manera, o sea en tercera, so pena de tener que esperar otro tiempo más en Cádiz a otro buque que tuviera plazas suficientes. Los almuerzos y cenas a bordo, rara vez

los pude disfrutar en el comedor, mis mareos sobre todo en los primeros días hacían que debiera permanecer mucho tiempo en el camarote, o en cubierta, eso sí lejos de la comida.

Rememoro las celebraciones que llevaba a cabo la tripulación para diversión de los pasajeros al cruzar la línea del Ecuador. De esas celebraciones tengo muy presente todavía mi triunfo en la carrera de embolsados, organizada para los pequeños. Mi premio fue un frasco de caramelos que guardé sin abrir en Buenos Aires para mostrárselo a mis padres cuando ellos llegaron.

Por fin, el día del arribo y una gran algarabía producto del ir y venir inquieto y excitado de los pasajeros. Ese día el “Cabo de la Buena Esperanza” llegaría a Buenos Aires. Si bien el barco tuvo dos escalas anteriores, una en Santos, Brasil, y otra en Montevideo, Uruguay, solamente de la primera recuerdo haber bajado y paseado por el puerto, entre niños de color y bananas, muchas bananas y calor. Respecto a Montevideo, se que no se permitía descender y solo desde la borda vi el puerto de la ciudad. Previo al desembarco, nuestros tíos nos peinaron, lavaron y vistieron, como si fuésemos de visita, y de alguna manera así era. Íbamos a conocer a quien fuera después como nuestro segundo padre, el tío Plácido, hermano de mi padre, a más de todos los paisanos que, según decían nuestros tíos, estarían en el puerto para recibirnos.

Al atracar, los pasajeros emigrantes se apiñaron sobre la cubierta asomándose por la borda del buque, buscando reconocer a algún pariente, o amigo en la plataforma, junto al barco. En realidad, sólo tío Enrique y tía Primitiva, serían capaces de tal reconocimiento por haber estado antes viviendo en Argentina y conocer a los paisanos o parientes ya radicados. Debo mencionar que la gente que concurría al puerto a esperar a los viajeros era una verdadera multitud, habida cuenta de que en cada uno de esos embarques, entre primera, segunda y tercera clase no debían viajar menos de mil quinientas personas.

Por parte de tío Pedro, mi hermana Ester y yo, a nadie podíamos reconocer. Era nuestro primer viaje y tío Placido no había vuelto por España desde su desarraigo a la edad de más o menos veinte años, por lo que para nosotros era un total desconocido...

Y aquí nuevamente, al desembarcar, se nos presenta a mi hermana Ester y a mí otra situación, yo creo que dramática, en la cual nos sentimos solos y abandonados. Peor aún, ya que en nuestro entendimiento no podíamos discernir de qué se trataba. Me veo en una oficina de un edificio del puerto, sólo con mi pequeña hermana. Yo tenía ocho años y Ester había cumplido recientemente los seis el seis de marzo. Casualmente era el seis de abril del cuarenta y nueve. No puedo precisar el tiempo que nos mantuvieron en esa situación, pero para mí fue una eternidad. Solo interrumpida por quien, después supe, se llamaba Nicolasa, paisana, que había ido a recibirnos y que por encima de una verja nos alcanzaba una manzana.

¿De qué se trataba esto? ¿Así nos recibía Buenos Aires? Ocurrió que, dado que ambos éramos menores y viajábamos sin nuestros padres, nuestros tíos debieron aclarar la situación ante las autoridades de inmigración argentinas, y la burocracia se tomó su tiempo para entenderlas y aceptarlas.

BUENOS AIRES

Casi todas las imágenes de esos primeros días en el lugar de destino han desaparecido. Me acuerdo, sí, de la casa de tío Plácido, donde viviríamos por largos años. Está en el barrio de Devoto, en la calle Llavallol y, aunque reformada, conserva en la actualidad intacto su frente de aquel entonces, con su negocio, con tres persianas de metal enterizo y una puerta lateral que conducía a la vivienda.

La carnicería en el frente, a continuación tres habitaciones, luego la cocina, el comedor, otra cocina y el fondo. Contra la pared de ladrillo enfrente de la casa, el sanitario, un baño que solo tenía una ducha y el inodoro que no era un inodoro, sino un hueco elevado sobre el piso, con un mármol agujereado encima, al que uno debía subirse para, en cuclillas, hacer las necesidades. Recuerdo dicho mármol carcomido por el ácido con el que se lo desinfectaba. El recinto con paredes, sin azulejos, todas alisadas con cemento y el piso con mosaicos de colores. Con el tiempo nuestros padres incorporarían inodoro, lavatorio y agua caliente. Las habitaciones enormes, con pisos de listones de madera de pinotea, apoyados sobre pequeños pilares dejando un espacio hueco entre el contrapiso y el parquet, lo que las hacía frescas y aireadas. Como todas las de esa época, con origen en los años veinte, eran enormemente altas. Las tres se comunicaban entre sí, internamente por puertas de madera que siempre permanecían cerradas bajo llave. La puerta principal, que daba al patio, de dos hojas de madera, muy alta, vidriada y con postigos, y por encima de ésta, la banderola, que permitía airear el ambiente sin tener la puerta abierta. El amueblamiento era sumamente modesto y en el caso de la que utilizaba tío Plácido, y que yo compartí con él desde la llegada, tenía un ropero enorme de madera, que, recordando su aspecto, debía de ser de nogal, de una sola hoja y con un enorme espejo en su frente que cubría toda la puerta del mueble. Su cama niquelada, a la que se le agregó la mía y una mesa que hacía las veces de “mesita de luz”, donde solo recuerdo como único detalle el reloj despertador. Ni siquiera una lámpara de mesa. La iluminación la constituía una bombilla que pendía del centro del techo sostenida únicamente por el cable que conducía la energía. Había, eso sí, sobre el respaldo de la cama una perilla que permitía encender o apagar la luz sin levantarse hasta la llave. El amueblamiento de esta habitación se terminaba con un enorme baúl, en el cual creo recordar que se guardaba la ropa fuera de temporada. Termino recordando que por delante de la puerta de entrada, es decir, en el exterior de la habitación, todas poseían

una cortina de enrollar de paja, que se manejaba con un cordel que corría a través de una rondana, daba sombra y frescura, protegiendo al ambiente de la entrada de moscas o mosquitos y otros insectos. Iguales a las que ahora en el año dos mil se han puesto de moda.

Todas las habitaciones estaban ubicadas a un lado de la casa y frente a éstas había una galería embaldosada, con un enorme patio, un cantero con plantas y pequeños árboles. El cedrón, la higuera y el sauce, son las especies que recuerdo más claramente. El sauce creo que mi tío lo hizo talar cuando recién llegaban nuestros padres. La higuera durante algunas temporadas nos permitió comer las primeras brevas y luego los higos. En cuanto al cedrón era la planta milagrosa. Al primer dolorcillo de estómago, Plácido o Primitiva, cortaban unas hojas y preparaban un té que hacía desaparecer el dolor. Además, se me escapaba, había plantado un limonero sobre un cantero enfrente de las habitaciones. El enorme patio se hallaba dividido en dos, la más cercana a la entrada de la casa, frente a las habitaciones, era algo así como la mejor presentada. La parte trasera separada por una ornamentada pared de cemento, tenía por todo mobiliario dos bachas. Una oficiaba de lavatorio y la otra de mayor tamaño servía para el lavado de la ropa.

En esa casa, jugué, estudié, crecí y me hice hombre. En ella habitamos con mis padres hasta el año sesenta y seis. Estando en esa casa nació Cristina, mi hermana menor, murió tío Plácido en setiembre de 1959, se casó Ester, me gradué de contador. Punto de reunión de la paisanada española, en ella se hacían comidas para mucha gente, parecía que ejercía una atracción especial. Quizá era por mi tío, siempre soltero y solo hasta nuestra llegada, o quizá y esto es lo más probable, la calidez, altruismo y bondad de mi madre la tornaban irresistible. Siempre había visitas.

De esos primeros días en Buenos Aires recuerdo la visita a la casa de tía Elisa, acompañado por tío Pedro que viviría con ella y sus hijos mucho tiempo. Creo que fue una invitación a cenar, pero mi extremada timidez me impidió disfrutarla. No se si conmigo estaba Ester pero yo me sentí solo, no había otros chicos de mi edad y sólo encontré diversión cuando me ofrecieron revistas. Creo que me pasé toda la velada leyéndolas.

En ese primer mes en Buenos Aires y ante la ausencia de mis padres, tío Plácido tuvo que decidir cómo continuar mi educación. No sé cómo fue. Pero casi como por encanto me encontré frente al director de la escuela primaria de la calle San Alberto. Se llamaba igual que yo, me lo hizo notar y me fue haciendo perder la vergüenza o timidez. Su nombre era Rafael Sánchez. Comenzó mi peregrinaje por distintos grados en los cuales era sometido a pruebas de Lengua y Matemáticas. Creo que estuve en primero, segundo, tercero y cuarto. Sé que en ninguno defraudé y mis conocimientos entusiasmaron al director, quien llamó a mi tío, de alguna manera mi tutor,

hasta que llegaran mis padres, diciéndole que debía estudiar historia argentina y que si lo hacía podría ubicarme en grados más avanzados. Para bien mío, el tío Plácido decidió que ingresara en donde correspondiera de acuerdo a mi edad y no a mis conocimientos.

Me ubicaron en un segundo grado. Llegué a la escuela cuando las clases ya habían comenzado. Debía ser fines de abril. Mi primera maestra fue la señora Hilda Serpa, con la cual me encariñé muy pronto y ella conmigo, siempre recuerdo en esos pergaminos de fin de curso, donde firmaban los maestros y compañeros. A mi me escribió: “A mi simpático españolito...”.

Pero con quien hube de luchar mucho fue con mis compañeros de grado. En esa época todo español era un “gallego” dicho así, peyorativamente, y algunos, los más revoltosos, pretendían burlarse de mí. Mis buenas peleas en la esquina de la escuela y sangrado de narices me costó la integración.

Pronto comprendí que la mejor manera de defenderme era la de buscar parecerme lo máximo posible a quienes eran mis compañeros de escuela o de barrio. Así con la ayuda de Isidoro Efraín, compañero de segundo grado, empecé a aprender a jugar a la pelota. Este juego desconocido en La Lastra, era prácticamente de primera necesidad en Buenos Aires, o se jugaba o uno era un mariquita. Isidoro solía venir por las tardes a mi casa y en ella, usando la galería como cancha y las columnas como arcos le pegábamos a la pelota. A él le debo, además, el ser hincha de San Lorenzo de Almagro. Ocurrió que en la escuela no había día que no me preguntaran de que cuadro era. Y la verdad, no sabía qué decir. En primer lugar, no sabía que quería decir “cuadro” y, además por ese entonces, no conocía ningún club de fútbol en Argentina. Decidí confiar en Isidoro, y consultarle el significado de la pregunta. No sé cuanto me habrá explicado sobre el tema, lo que sí recuerdo es que me dijo que les contestara que “de San Lorenzo”. Así lo hice para salir del paso, y así nació mi hinchismo por este club. Obviamente Isidoro era hincha del San Lorenzo.

El campito de la iglesia era el espacio donde la “barra” se juntaba para jugar al fútbol, al principio yo solo miraba, no sabía jugar, y siempre le tuve miedo a los papelones¹³. Así que esperé mi oportunidad. Cuando las prácticas con Isidoro me hicieron sentirme capacitado para intervenir en esos partidos que duraban toda la tarde, me animé a participar. Con el tiempo la práctica de este deporte en la iglesia y mi naciente habilidad me hicieron cosechar amigos que me trataban como un igual. Todos se olvidaron de “el gallego” y ya fui “Rafa”, “el hijo del carnicero”, “el sobrino de Plácido”, “Rafael”, “zurdo”, etc. Esto último porque si bien soy diestro, para jugar al fútbol lo

¹³ Dícese de hacer el ridículo. (N.E.)

hago mejor con la pierna izquierda. Este deporte se convirtió en una pasión para mí, y en la iglesia o en la calle aprovechaba cualquier oportunidad para jugarlo. La canchita de la iglesia, era de tierra, por lo que al terminar el partido, acompañada por la transpiración, tenía tierra hasta en las... uñas.

También hube de perfeccionarme en el lenguaje y aprender el casi lunfardo que se hablaba en el barrio, entre los chicos. Así el “boludo”, “el lonyi”, las palabras dichas al revés, el “ché” que reemplazó al “tú”, “mamá” o “la vieja” por “madre”, fueron cambiadas en mi vocabulario para charlar con los amigos. Logré el objetivo, mimetizarme y ser un igual.

“El aurieli diez”, que no sabía qué significaba, pero que era un rito indispensable al inicio de cualquier partidito de pelota, fue usado por mí como el mejor porteño. Con el tiempo me enteré, que en realidad lo que se quería decir era: “are you ready..., yes”, expresión en inglés usada para empezar el juego, que todos repetíamos como loros ignorando el significado.

Aprendí a jugar a las bolitas, a las figuritas, a “cachurra montó a la burra”, al balero, y otros desconocidos hasta entonces. Juegos que no tienen nada de particular, todos los niños los aprenden, a no ser que, como en mi caso, en España nunca los había conocido y me encontré aquí con niños que los practicaban desde siempre y ante los cuales yo no quería quedar desairado.

No obstante mi integración con los varones y que se veía como mariquita al que jugaba con mujeres, recuerdo de esa infancia mis juegos con mis hermanas y sus amigas. Ángela, Angelita, Tota, Susana, eran compañeras de juego con las que en esos primeros años, nos entreteníamos con “la mancha”, “la escondida”, “la rayuela” y no se cuales más.

Desde mi llegada a la Argentina, nació con una de estas niñas una amistad especial, que con el tiempo llegó a convertirse en un platónico y encendido amor, solo frustrado por esas cosas que tiene la vida y que hoy entendemos que ocurren, pero que no tuvo fundamento alguno.

Lo cierto que esa amistad-amor era correspondido por la niña en cuestión. No sé si esto lo sabía mi familia, pero mientras éramos infantes nadie lo objetó. Pero he aquí que, al llegar ambos a la pubertad, ella es un poco menor que yo, todo pareció cambiar. Tío Plácido quien nunca me impidió nada, es más, era el tío más “regalero” que he tenido y orgulloso de su sobrino, empezó a ver con malos ojos mi relación con “Tota”. Por su parte la madre de la niña veía con peores ojos nuestra relación. Uno porque no le gustaba la familia, la otra porque no quería repetir su propia experiencia, y que su hija llegara en el futuro a casarse con un español, nos hicieron esa relación muy difícil. Por el contrario mis padres y hermanas jamás la entorpecieron, y la niña junto a su hermana entraban a mi casa para jugar con las mías, provocando en mí, de solo verla, un nerviosismo y excitación que solo se calmaba cuando lográbamos cruzar nuestras miradas.

Nunca en la vida he vuelto a sentir de esa manera, ambos provocábamos encuentros, sólo para vernos y poder cambiar miradas y palabras. Intercambio de libros, pequeños obsequios. Sólo sé que yo tenía sólo ojos para ella, y ella para mí. No sé si de casualidad o provocado, cada uno por su lado fue a aprender pintura con el mismo profesor. Es curioso que, mientras ella pensaba que mis cuadros eran más bonitos que los suyos, yo opinaba exactamente lo contrario. Sus pinturas, a mis ojos, eran obras de arte.

Ambos conocíamos de memoria los horarios y lugares por donde solíamos pasar y nos esperábamos con una ansiedad tal que, puedo decir aún hoy, en esos momentos solo importaba ella. Era habitual verla en la puerta de su casa, esperando que yo pasara y me detuviera a conversar con ella, o simplemente saludarla de esa manera tan especial que solo para ella y para mí se hacía evidente. He soñado con ella, dormido y despierto, aún después de cortar nuestra relación. Sólo veía el futuro a través de ella y a su lado. Cuántas veces luego de nuestra separación la he buscado y he pensado en mi querida Tota. Bastaba ver alguna joven en la calle, caminando delante de mí que se le pareciese un poco, para que yo apurara mi marcha hasta alcanzarla y comprobar con desilusión que no era ella.

Pero, volviendo a esos primeros años en Buenos Aires, en los cuales mis padres no me impusieron obligaciones especiales, solo debía cumplir con lo que sabía se esperaba de mí. Estudiar y atender la escuela fue sumamente sencillo. No recuerdo dificultades de aprendizaje. Las explicaciones de los maestros eran fácilmente comprendidas y esto bastaba para convertirme en uno de los primeros de la clase. Creo que sólo una vez fui abanderado en las fiestas que se celebraban en la escuela y, si me es fiel mi memoria, ocurrió por error. Mi condición de extranjero era en esa época por lo menos un requisito invalidante. Pero por esa ocasión las autoridades de la escuela no lo advirtieron. Como premio consuelo recuerdo haber portado posteriormente la bandera de Venezuela –la escuela se llamaba “República de Venezuela”– y la de la Cruz Roja. Sin embargo mi condición de español, no impedía que figurara en el Cuadro de Honor, que se colocaba en el pizarrón de la entrada del Colegio. A este Cuadro de Honor, para orgullo de mis padres, era un abonado permanente.

Había dejado esta historia en los años de mi escuela primaria en Argentina. Lo cierto que, al salir de ella, yo no tenía muy claro cómo continuarían mis estudios. Había empezado las clases de pintura con José María Villar, lo que realmente me gustaba, y pensaba que en el futuro lo mejor que me podía pasar era ser reconocido en pintura como el “Rafael II”¹⁴.

¹⁴ El autor alude así al genio de la pintura renacentista, Raffaele Sanzio, más conocido como Rafael. (N.E.)

Fue por impulso de mis compañeros que me decidí a seguir el Comercial, que todos entendieron que era por mi buen manejo de la matemática y rapidez para los cálculos. Junto a José Wain, Eduardo Medei y Antonio Morelli rendimos el examen de ingreso en el Comercial nº 11 y todos conseguimos el promedio necesario para ingresar a la misma división. En ese entonces a los mejores promedios se les asignaba una división que tenía enseñanza de inglés y al resto en otra que enseñaba francés. Me imagino que se consideraba la enseñanza de inglés como un premio para los mejores alumnos.

Como creo ya haber comentado, toda la escuela secundaria fue sencilla, el nivel exigido era alcanzado fácilmente por mí, y salvo en el tercer año en que el idioma inglés nos jugó una mala pasada, al tener una profesora con un método totalmente distinto al de los años anteriores, nos obligó a una gran mayoría a rendir examen en el mes de diciembre. Superado esto, el cuarto y quinto año fue un trámite para obtener el título de perito mercantil. En esa época el primer título secundario en la familia y el único ya que no había otros mayores al mío. Mientras tanto, al terminar el cuarto año pensé que había llegado la hora de ganarme algún dinero en las vacaciones y les pedí a los amigos del barrio que preguntaran en la fábrica de guantes donde ellos trabajaban si necesitaban algún aprendiz.

Pues sí, me tomaron y empecé a laborar. Fue en el año 1957 y lo recuerdo especialmente ya que en ese año se produjo un fenómeno térmico espectacular: la temperatura llegó a los 43º. Y mientras el termómetro señalaba esta marca, yo estaba inclinado sobre un mostrador cortando el cuero y obteniendo las piezas con las que después se armaban los guantes.

Terminadas las vacaciones de ese año el dueño, el Sr. Livsky, me pidió continuar por las tardes. A todo esto el taller se había mudado y ya no estaba a la vuelta de mi casa. En consecuencia cuando regresaba de la escuela, comía algo rápidamente y salía con mi bicicleta hasta el taller donde durante cuatro o cinco horas la oficiaba de "cortador", oficio que había aprendido en dicho taller. Y dado que me pagaban "por tanto", la velocidad era sinónimo de más pesos en mi bolsillo.

Era una costumbre mía y de mis hermanas, separar unos pesos de lo cobrado y el resto se lo entregábamos a mi madre para que lo usara en el hogar. De todas maneras, con esos pequeños sueldos y en común con ellas, nos las arreglamos para mejorar la cocina y el baño de la casa de la calle Llavallol.

Al comenzar el quinto año mi amigo Eduardo Medei me ofreció un empleo en un estudio contable, entrevista mediante. Comencé a trabajar. Era en el centro de Buenos Aires, casualmente a pocos metros de donde hoy tengo mi propia oficina.

Recuerdo el primer papelón cuando el contador me dio un balance de saldos y me pidió que separara las cuentas patrimoniales de las de resultado. Ahí me

di cuenta de lo flojo de la escuela secundaria. Cinco años de contabilidad y era incapaz de reconocer y distinguir un tipo de cuentas de las otras. No recuerdo cómo se resolvió el tema, pero sí que, a partir de ese momento, nunca dudé de cuáles eran unas y cuales eran otras.

Por último solo agrego que formé mi familia en Argentina, estudié en la Universidad de Buenos Aires donde me gradué de contador público y licenciado en Administración de Empresas, me casé, tuve tres hijos, desarrollé toda mi vida en esta nación que tan bien me trató, y donde continuaré hasta el fin de mi vida, aun cuando mi amor hacia España está tan presente como cuando la dejé a mediados del siglo pasado.